



Sermón Dominical

HNO. GERMÁN CASTRO MEJÍA

DOMINGO 02 DE AGOSTO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA BARTIMEO: CUANDO JESÚS ESCUCHA EL CLAMOR DEL OLVIDADO MARCOS 10:46-52

La historia del ciego Bartimeo aparece en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas y se refiere a la sanidad de un mendigo ciego llamado Bartimeo, hijo de Timeo. A la salida de Jericó, Jesús estaba rodeado de una gran multitud, cuando, desde el borde del camino, Bartimeo lo llamó para que lo sanara. Los acontecimientos que siguen nos dicen algo profundo sobre la naturaleza de Dios y nos aclaran el tipo de fe y de oración que agradan a Dios.

Bartimeo era un hombre ciego que vivía en condiciones precarias en la próspera ciudad de Jericó. Aunque Jericó era una ciudad conocida por su riqueza, Bartimeo, como muchos ciegos de la época, estaba al margen de la sociedad.

Su ceguera le impedía participar plenamente en la vida comunitaria y lo obligaba a vivir como mendigo, dependiendo de la caridad de los demás para sobrevivir. Pasaba sus días al borde del camino, pidiendo limosna y luchando por satisfacer sus necesidades básicas.

La historia de Bartimeo es mucho más que el relato de un milagro; es el encuentro entre el amor de Dios y un hombre que había sido herido no solo en su cuerpo, sino también en su corazón.

Bartimeo era ciego. En una sociedad donde la discapacidad era vista muchas veces como una consecuencia del pecado o del juicio de Dios, su condición lo había llevado a vivir al margen de la sociedad. No tenía un trabajo, dependía de la

limosna y pasaba sus días sentado a la orilla del camino. Mientras otros caminaban con un propósito, él permanecía inmóvil, viendo pasar la vida sin poder participar de ella.

Podemos imaginar el profundo dolor emocional que acompañaba su condición. La ceguera no solo le impedía ver el mundo; probablemente también le robaba la esperanza. Experimentaba el rechazo, la soledad, la indiferencia y el abandono. Muchas personas pasaban junto a él sin mirarlo siquiera. Para la mayoría era simplemente "el ciego", un hombre invisible cuya única utilidad parecía ser despertar lástima.

Sin embargo, Bartimeo conservaba algo que nadie podía quitarle: la fe. Había escuchado hablar de Jesús y creyó que Él era diferente. Cuando supo que Jesús pasaba cerca, comprendió que aquella podía ser la única oportunidad para cambiar su vida. No permitió que el miedo, la vergüenza o las críticas apagarán su voz. Gritó: **"¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!"**.

La multitud intentó callarlo. Tal vez pensaban que un mendigo no merecía interrumpir al Maestro. Aquellas voces representaban todo lo que Bartimeo había escuchado durante años: "No vales", "No molestes", "Resígnate a tu condición". Pero cuanto más intentaban silenciarlo, más fuerte clamaba. La fe auténtica no se rinde ante la oposición.

Entonces ocurrió algo extraordinario: Jesús se detuvo.

En medio de una multitud que lo seguía, el Señor escuchó la voz de un hombre que nadie quería escuchar. Jesús no vio solamente un ciego; vio una persona con dignidad, con dolor, con esperanza y con fe. Antes de sanar sus ojos, restauró su valor como ser humano. Lo llamó, le dio la oportunidad de expresar su necesidad y le preguntó: **"¿Qué quieres que te haga?"**. Qué pregunta tan llena de amor. Jesús conocía su necesidad, pero quiso escucharla de sus propios labios. Dios siempre está interesado en nuestra historia y en nuestro corazón.

Bartimeo respondió con sencillez: **"Maestro, que recobre la vista."** No pidió riquezas, ni reconocimiento, ni venganza contra quienes lo habían despreciado. Pidió una nueva oportunidad para vivir. Jesús respondió: **"Tu fe te ha salvado."** En ese instante, no solo recuperó la vista; recuperó su dignidad, su esperanza y un nuevo propósito. Desde ese momento siguió a Jesús. La verdadera experiencia con Cristo siempre produce una vida transformada.

Podemos encontrar 10 lecciones de la historia del ciego Bartimeo.

1. Fe inquebrantable

Bartimeo ejemplifica una fe inquebrantable, creyendo firmemente que Jesús podía sanarlo, incluso sin verlo. Su ceguera y marginalización no debilitaron su convicción de que Jesús era el Mesías y que tenía el poder de cambiar su vida. Buscó a Jesús con determinación y confianza, sin dudar.

2. Perseverancia

Cuando la multitud intentó silenciar a Bartimeo, él persistió, clamando aún más fuerte. Esta perseverancia ante las dificultades nos enseña a seguir buscando a Dios, incluso cuando enfrentamos obstáculos. Bartimeo no se rindió, mostrando que la verdadera fe no se deja abatir por circunstancias adversas.

3. Humildad

Bartimeo se acercó a Jesús con humildad,

reconociendo su total dependencia de Dios. Sabía que no podía sanarse a sí mismo y confió en la misericordia de Jesús. Esta humildad es esencial para acercarnos a Dios, reconociendo nuestra fragilidad y necesidad de su gracia.

4. Reconocimiento de Jesús como Salvador

Al llamar a Jesús "Hijo de David", Bartimeo reconoció su identidad mesiánica. Este título expresa su creencia de que Jesús era el Salvador prometido, el descendiente de David. Bartimeo no vio a Jesús solo como alguien especial, sino como el Mesías que vino a salvar y redimir al pueblo.

5. Valentía para pedir ayuda

Bartimeo no tuvo miedo de clamar a Jesús, incluso en medio de la multitud que intentaba silenciarlo. No le importó lo que los demás pensaban. Su necesidad de ayuda era más importante. Esta valentía nos enseña a buscar a Dios sin ninguna vergüenza ni miedo, confiando en que él escucha nuestras súplicas.

6. Actuó con fe

Bartimeo no solo creyó que Jesús podía sanarlo, sino que también actuó con base en esa fe. Clamó a Jesús y pidió su curación de manera directa y confiada. Esto nos enseña que la fe verdadera no es pasiva: nos impulsa a actuar y buscar activamente la intervención de Dios.

7. Superó las voces contrarias

Aunque muchos lo reprendieron y trataron de hacerlo callar, Bartimeo no se dejó intimidar. Persistió en su búsqueda de Jesús, mostrando determinación en su fe. Este ejemplo nos anima a no permitir que las opiniones o críticas de otros nos alejen de nuestra búsqueda espiritual.

8. Dependencia total de Dios

Bartimeo demostró su total dependencia de Dios al pedir su sanación a Jesús. Sabía que solo Dios podía resolver su necesidad. Esta actitud nos recuerda que, en nuestras propias vidas, debemos

depositar nuestra confianza completamente en Dios, reconociendo que él es la fuente de toda ayuda y provisión.

9. Su fe tuvo respuesta

Jesús respondió inmediatamente a la fe de Bartimeo, mostrando que Dios valora la fe genuina. La prontitud de Jesús en sanar a Bartimeo nos enseña que Dios no ignora la fe verdadera. Él escucha y responde a quienes lo buscan con sinceridad y confianza. La fe es recompensada.

10. Gratitud y cambio de vida

Después de ser sanado, Bartimeo siguió a Jesús, demostrando gratitud y una vida transformada. No volvió a su antigua vida, sino que eligió seguir el camino de Jesús. Esta actitud nos enseña que una verdadera experiencia con Dios debe llevarnos a una vida de devoción y a cambiar de dirección.

Reflexión para la iglesia cristiana de hoy

La historia de Bartimeo también es para la iglesia actual.

Hoy siguen existiendo muchos "Bartimeos". Tal vez no todos son ciegos físicamente, pero sí emocionalmente. Hay personas heridas por el rechazo, la depresión, la pobreza, la soledad, el abandono familiar, las adicciones, el fracaso o la pérdida de sentido para vivir. Muchos permanecen sentados "al borde del camino", esperando que alguien los vea, los escuche y les recuerde que siguen siendo valiosos delante de Dios.

La pregunta es: **¿Nos parecemos más a Jesús o a la multitud?**

La multitud veía un estorbo; Jesús vio una persona.

La multitud quiso callarlo; Jesús lo llamó.

La multitud pasó de largo; Jesús se detuvo.

Como iglesia, estamos llamados a hacer lo mismo. No podemos convertirnos en una comunidad que solo atiende a quienes ya están dentro del templo mientras ignoramos a quienes permanecen al borde del camino. La iglesia de Cristo debe ser un lugar donde los heridos encuentren esperanza, donde los rechazados sean aceptados, donde los olvidados sean escuchados y donde todos puedan experimentar el amor restaurador de Jesús.

Quizá nunca podamos devolver la vista física a una persona, pero sí podemos ofrecer una palabra de esperanza, un abrazo, una oración, una ayuda concreta y el mensaje del Evangelio que transforma vidas.

Que nunca olvidemos que, un día, todos nosotros también fuimos como Bartimeo: necesitados de la misericordia de Dios. Jesús escuchó nuestro clamor y nos llamó por gracia. Ahora nos corresponde detenernos por aquellos que siguen esperando que alguien escuche su voz.

Que nuestra iglesia sea conocida, no por el tamaño de sus edificios o de sus programas, sino porque refleja el corazón de Cristo: un corazón que siempre se detiene para escuchar el clamor del que sufre.

Amén.